



Antrópica revista de ciencias sociales y
humanidades

ISSN: 2448-5241

gabrielotti@correo.uady.mx

Universidad Autónoma de Yucatán
México

Narotzky, Susana

Economías ordinarias: valores escondidos. Otra antropología de la crisis desde el sur de
Europa

Antrópica revista de ciencias sociales y humanidades, vol. 1, núm. 2, julio-diciembre,
2015, pp. 67-76

Universidad Autónoma de Yucatán

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=723878134014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



CONFERENCIA

Economías ordinarias: valores escondidos. Otra antropología de la crisis desde el sur de Europa

Susana Narotzky

Universidad de Barcelona

European Research Council Grassroots Economics

La presente conferencia magistral se dictó en el marco del III Congreso Mexicano de Antropología Social y Etnología “Sociedad y Culturas en Transformación: nuevos debates y viejos derroteros en antropología mexicana” el 25 de septiembre de 2014. La misma se llevó a cabo en el auditorio Gustavo Baz del Palacio de la Antigua Escuela de Medica, ubicado en el centro histórico de la Ciudad de México.

This Magistral Conference was held on 25 September 2014 in the framework of the III Mexican Congress of Social Anthropology and Ethnology “Sociedades y culturas en transformación: nuevos debates y viejos derroteros en la antropología mexicana”. The conference took place in the Auditorio Gustavo Baz of the Antigua Escuela de Medicina, located in the Historic Centre of Mexico City.

Introducción

Ahora, Europa del Sur se encuentra sumida en una crisis económica de la cual no parece saber cómo salir. Sus niveles de pobreza y desempleo son escalofriantes, las clases medias están en un proceso acelerado de movilidad descendente, los jóvenes emigran mientras las redes familiares aparecen como el último “colchón” de los desahuciados. Los antropólogos europeos se están volcando en intentar analizar los procesos que han llevado a esta situación: las dinámicas históricas de diferenciación regional del capitalismo europeo, las respuestas políticas que se imponen a escala local y global, las prácticas cotidianas de obtención de recursos de todo tipo o las variadas movilizaciones sociales contra la desposesión y la creciente penuria, etcétera. Sin embargo, muchos de estos procesos que en Europa se han acentuado hasta extremos críticos solo después de la crisis financiera del 2008 y de las políticas de ajuste estructural impuestas, se han podido observar en otros lugares con anterioridad y llevan siendo estudiadas por nuestros colegas desde hace tiempo. Pensemos, a modo de ejemplo, en la crisis de México o en la de Argentina de finales del siglo pasado y en las políticas de ajuste que siguieron con sus consecuencias negativas para la mayoría de la gente y que acentuaron la pobreza y las desigualdades.

Por lo dicho anteriormente, ahora nos proponemos explorar lo que ocurre en el sur de Europa. Estas experiencias de crisis estudiadas en otros lugares por colegas es esencial, es importante, sobre todo, para advertirnos acerca de cómo algunas cuestiones han sido tratadas, debatidas y teorizadas. Por ejemplo: el uso de redes de aprovisionamiento como alternativas al mercado (bancos de tiempo, moneda social, sistemas de trueque), el sobreendeudamiento de las familias (tanto formal como informal), las movilizaciones sociales que denuncian corrupción y reclaman dignidad (caceroladas, ocupación del espacio público, lemas de “techo, pan y justicia”) o el papel del estado en la redefinición de los derechos ciudadanos (expresado en el recorte de lo público y el desamparo social). A partir de la comparación de temas como la “economía informal”, la “pobreza” o el “ajuste estructural” podemos abordar minuciosamente el concepto de “crisis” en el Sur de Europa. Ciertos conceptos (y este es uno de ellos) dominan la realidad social que intentamos entender y, desde esta posición hegemónica, no solo explican sino que conforman las propias prácticas que, a su vez, declinan cada concepto en una multiplicidad de significados. El concepto de “crisis” es probablemente de los más ubicuos y ambiguos de la actualidad y propongo explorarlo partiendo de las realidades en los países del sur de Europa.

Economías cotidianas y economía ordinaria

El proyecto *Grassroots Economics* sobre la “Economía popular” pretende aproximarse a la dialéctica entre las prácticas económicas de la gente corriente o común (lo que hacen para ganarse la vida, para tener una vida que merezca la pena) y las lógicas que guían estas prácticas o los argumentos que las justifican. El proyecto, financiado por el *European Research Council-ERC* (Consejo Europeo de Investigación), se centra en el sur de Europa ya que se encuentra afectada por una profunda crisis desde el 2010. Como punto de partida, la investigación se ubica en una tensión entre dos modelos críticos de abordar lo económico: el de la “crítica de la economía política” de Marx y el de la “economía moral de la reciprocidad” de Thompson y Scott. Pero sobre todo, este proyecto busca asentar un nuevo marco explicativo a partir de un cambio de perspectiva que sitúe el conocimiento y las prácticas de las personas corrientes en un diálogo teórico con los modelos académicos en general. Mi propuesta es que como antropólogos debemos teorizar desde abajo: utilizar el conocimiento al que accedemos etnográficamente (discursos y prácticas) para repensar los conceptos y los marcos teóricos que nos sirven para explicar los procesos sociales. No se trata de renunciar a la búsqueda de lógicas explicativas por medio de la proliferación o yuxtaposición de voces, ni de plantear un pluralismo ontológico. Más bien, se trata de intentar desentrañar cómo estos conocimientos y prácticas ordinarias cuestionan las teorías que utilizamos para entender la realidad y cómo requieren su transformación. Para ello, propongo escuchar y observar a la gente corriente en sus prácticas cotidianas para ganarse el sustento; así como también, dialogar con otras experiencias antropológicas que han desarrollado sus saberes en otras ubicaciones históricas de crisis. Únicamente aprendiendo de otros podemos transformar presupuestos teóricos inertes en propuestas con mayor fuerza explicativa y política; ello ha sido siempre el propósito antropológico.

¿Cómo nos enseñan las “economías ordinarias” a pensar la crisis en el Sur de Europa? Y, ¿qué entendemos por “economías ordinarias”? Cuando hablamos de “economías ordinarias” nos referimos a las lógicas que enmarcan las prácticas cotidianas de la gente corriente: personas con escaso poder para definir los marcos regulatorios en los que se mueven. Normalmente, la gente no piensa ni actúa en términos de los modelos y conceptos económicos “expertos”. Por ejemplo: no piensan en términos de utilidad marginal, sino que piensan en términos de:



- Encontrar trabajo, pagar las facturas, comprar comida, tener una vivienda.
- Conseguir un médico, mandar a los niños al colegio.
- Ahorrar para un imprevisto, o en general para asegurar el futuro.

El objetivo es, en definitiva, ganarse la vida y hacer que la vida valga la pena para uno mismo y para aquellos próximos a los que valoramos (padres, hermanos, hijos, amigos, vecinos). Esto tiene relación con distintas formas del valor y, fundamentalmente, con la articulación entre valor de mercado (el ámbito de la producción y circulación de mercancías y cómo afecta a los recursos disponibles) y el valor social de la persona (lo que hace valer a la persona en su entorno social, aquello a lo que se aspira porque mejora o consolida una posición social). Pero también tiene que ver con el poder de los diversos agentes y colectivos que intervienen en distintas escalas para regular estas dinámicas.

Lo que se observa en estas “lógicas económicas” en la práctica es el desarrollo de una red de dependencias que obliga a los sujetos individuales, al mismo tiempo que insta una vía para la circulación de los recursos. Esta producción de reciprocidades, más o menos equilibradas o generalizadas, se asienta en una diversidad de discursos morales en los que se define la “buena” actuación ligada a un entramado social concreto (es decir, no en términos universales abstractos). Esta realidad vivida de las dependencias, choca con un discurso hegemónico (neoliberal) de la autonomía, de la autosuficiencia individual, de la emprendeduría personal, aunque crecientemente se le suma un discurso (también neoliberal) en el que se enfatiza la importancia de la “comunidad” (entendida como un espacio social orgánicamente solidario y responsable para prestar apoyo en momentos de crisis, en lugar del estado). Esto es solamente en apariencia contradictorio, ya que apunta a erradicar la “dependencia” del estado por parte de los ciudadanos necesitados (ancianos, desempleados, enfermos, etcétera). Este discurso comunitario de las políticas neoliberales del Norte de Europa (Reino Unido, Holanda) se apoya en dos argumentos. El primero es que estas solidaridades son naturales, primarias y, por tanto, constituyen el nivel de subsidiariedad elemental (la subsidiariedad implica dejar que los asuntos se traten a la escala mínima en que pueden ser abordados y resueltos). El segundo argumento, es simplemente la confirmación de la utilidad de prácticas preexistentes al Estado redistributivo para el aprovisionamiento de bienes y servicios. La familia recoge a los hijos sin cobertura de desempleo, los abuelos cuidan de los nietos mientras sus hijos trabajan, las mujeres cuidan de sus padres ancianos a cambio de poder utilizar la pensión para cubrir otros gastos o tener una vivienda. En España, estas prácticas del llamado “modelo mediterráneo” de sociedad del bienestar (definido como aquel donde la familia es la fundamental proveedora de cuidados a ancianos y niños) casi habían desaparecido con el desarrollo de las políticas sociales públicas. Hoy han reemergido con los recortes porque no hay servicios públicos accesibles para la mayoría.

Queremos observar las “economías ordinarias” pero, ¿A qué sujetos sociales se refiere el adjetivo “ordinario” que definiría unas prácticas y sobre todo unas lógicas no expertas de lo económico? Podríamos decir también “gente corriente” o como dicen los movimientos sociales en España: “mayoría ciudadana” o simplemente “mayoría”. Este es un tema espinoso y complejo que vamos a abordar en el trabajo etnográfico, puesto que, tiene derivaciones políticas importantes. Los sujetos “ordinarios” se manifiestan no tanto como una categoría, sino más bien como un proceso a través de sus prácticas de movilización y de sus discursos autorreferenciales; aparecen, por ejemplo, en las autodenominadas “mareas” ciudadanas que en España protestan contra los recortes en la educación pública y la sanidad. Aunque estos sujetos “ordinarios” se autodefinen como con escasos recursos económicos y políticos, no se definen como “pobres”, tampoco se definen como



una “clase” en el sentido marxista de posicionamiento, en términos de relaciones entre trabajo y capital. El trabajo, incluso como referente abstracto, ha perdido centralidad como expresión de identidad al tiempo que el consumo lo sustituía como proceso de producción. Esta “gente” se define en términos político-económicos de su relación imaginada con el Estado democrático y el libre mercado (igualdad de oportunidades económicas y de derechos políticos). Son más bien todos aquellos a quienes la democracia liberal y la “economía social de mercado” (en Europa) prometieron integrar como iguales en una “clase media”, aquellos que creyeron en la promesa y ahora se sienten defraudados.

Todas estas personas se guían por diversas lógicas que orientan su práctica económica y que se articulan con las lógicas que guían las prácticas de otros agentes sociales (con mayor poder y recursos que aparecen como portadores de conocimientos hegemónicos). No obstante, en los modelos económicos hegemónicos, el conocimiento de esta “gente corriente”, sus “economías ordinarias”, aquello a lo que otorgan valor y que los mueve, no se valora. En efecto, en estos modelos el conocimiento económico de la mayoría:

- Queda marginado como si no existiera tal conocimiento.
- Aparece subsumido en el modelo neoclásico, desvirtuado por la abstracción de una supuesta capacidad de “elección individual” del actor racional.
- Surge como un exceso emocional que interviene negativamente en la capacidad de modelización.
- Se muestra como una ignorancia de los mecanismos existentes (como cuando se habla de “analfabetismo financiero”).

En nuestro proyecto queremos abordar la realidad de estas lógicas de conocimiento que enmarcan las prácticas económicas ordinarias y, a su vez, que resultan de ellas.

Crisis y dignidad: entre economía política y economía moral

Abordamos inicialmente la crisis a partir del concepto de “reproducción social” que entendemos desde una perspectiva centrada: 1) en las condiciones de reproducción de las relaciones de poder económico y político a nivel macro social, y 2) en las relaciones entre generaciones en la práctica (relaciones entre padres e hijos, jóvenes y ancianos). Estas dos dimensiones las consideramos desde su aspecto dinámico, es decir, como esfuerzos humanos (individuales, colectivos) para establecer las condiciones de continuidad o cambio de procesos anteriores relativamente estabilizados o instituidos. Si la “reproducción social” puede ser comprendida como continuidad institucionalizada, la crisis aparece como una ruptura de las expectativas, un cambio en las relaciones sociales de productividad en los regímenes de acumulación, en las formas de distribución, en los modos de aprovisionamiento y en los sistemas de regulación. Particularmente en la crisis, las obligaciones morales institucionalizadas y la configuración de las expectativas se rompen. En el caso de Europa, la economía moral instituida en torno al pacto Trabajo-Capital y Ciudadano-Estado (Fordista-Keynesiana), se acaba. Lo que Harvey denomina el “capitalismo incrustado” regulado, se abandona después de 1970 y es sustituido por el llamado “neoliberalismo”, el cual se basa en políticas monetarias antiinflacionarias, control del déficit público, desregulación financiera y del mercado de trabajo, privatización de bienes y servicios públicos, etcétera. Esto conlleva a grandes transformaciones en las condiciones de posibilidad para ganarse la vida de la mayoría de la gente que es empujada inicialmente hacia la financiación del consumo, esto es, al endeudamiento para mantener vivas las expectativas sociales. Consecuentemente arrastra a la mayoría hacia crecien-



tes niveles de desempleo, subempleo y vulnerabilidad que destruyen las esperanzas de progreso social e incluso de estabilidad.

Desde el punto de vista de las élites económicas y políticas, la crisis es una recesión de crecimiento cíclico que tiene solución al aplicar diversas medidas estándar (un ajuste estructural con estricto control del déficit público, o por el contrario, el estímulo económico propiciado por los Bancos Centrales). Desde la visión de los “expertos” económicos hay una multiplicidad de explicaciones sobre la crisis, ligadas a cuantificación y modelizaciones diversas con sus múltiples e hipotéticas soluciones. Pero desde la perspectiva de la gente común, la crisis expresa el desajuste catastrófico entre expectativas de vida consolidadas en su experiencia anterior y las nuevas condiciones de posibilidad que niegan su realización.

En el estudio de la recesión económica del sur de Europa que estamos llevando a cabo en el proyecto sobre “economías ordinarias”, observamos que los distintos grupos de actores sociales se enfrentan o negocian en torno a la descripción de la crisis y en torno a las prácticas y a los modelos que la han provocado. La “crisis”, más que un concepto claramente definido, es un campo de batalla en torno al que se crea, destruye, acapara y distribuye poder y recursos de todo tipo; sirve para justificar políticas de ajuste que parecen ahondar en lugar de resolver los problemas de la mayoría de la gente, lo cual, causa un desajuste entre los discursos expertos de eficacia de las medidas de ajuste estructural y las vivencias de los ciudadanos crecientemente desposeídos. Una informante dice: -“prefiero llamarlo ‘estafa’ en lugar de crisis”-, y se hace eco de los eslóganes que se hicieron famosos durante las acampadas del 15-M (mayo 2011) en toda España (verbigracia el eslogan: “No hay pan para tanto chorizo”). Pero la misma persona también añade un aspecto de temporalidad que subvierte la idea de “crisis” como un paréntesis momentáneo en un fondo de normalidad. En efecto, la gente ve la “crisis” como una línea que divide dos épocas (el antes conocido de un después totalmente distinto): creen que nada volverá a la “normalidad” que definen como aquella donde se podían hacer proyectos de futuro y se cumplían ciertas expectativas. Su situación actual (precariedad, inestabilidad, vulnerabilidad) está aquí para quedarse, incluso si vuelve el “crecimiento” tal como ahora se anuncia. En definitiva, esta gente ordinaria que creían haber conquistado un lugar en la estable “clase media”, se sienten empujados inexorablemente hacia el lugar de la inseguridad permanente y de la incertidumbre, lugar antes reservado a los “pobres, vagos y maleantes”. Muchos opinan que el argumento de la “crisis” se ha utilizado como arma en la lucha de clases, como instrumento para imponer una forma regresiva de relaciones sociales entre trabajo y capital que desprotege a los más vulnerables y les priva de recursos públicos. Y es cierto que la desregulación del mercado de trabajo, exigido por las políticas de ajuste estructural sustituye a formas de corresponsabilidad imperantes después de la Segunda Guerra Mundial (en las democracias Europeas) o incluso, a formas de responsabilidad más orgánicas, antiliberales y anti-modernas como las del proteccionismo nacional de las dictaduras mediterráneas.

La crisis se entiende, desde abajo, en términos de falta de respeto, incluso como una humillación (por parte de aquellos con poder económico y político), como un no-reconocimiento en la práctica de la supuesta “igualdad” frente a la ley. La estafa es además, una afrenta personal cuando la corrupción y el gran fraude bancario se perdonan, pero no las pequeñas deudas de la gente corriente (expresado en España por la renuncia del gobierno al cambiar la ley hipotecaria para aceptar la dación en pago como cancelación de deuda). Este aspecto de no-reconocimiento se puede entender en términos de crisis de una “economía moral”, esto significa en términos de un desajuste entre las condiciones de posibilidad y las expectativas culturales que guían las estrategias de los sujetos. Aclaro aquí que, en nuestro proyecto, entendemos el concepto de “economía moral” como un acuerdo tácito de obligaciones entre sujetos situados en distintas posiciones en cuanto a acceso



a los recursos económicos y políticos, no en términos de una supuesta moralidad universal. La “dignidad” se convierte así en expresión de lucha en el campo de reconfiguración de la “economía moral”. Para la gente corriente, esto remite a la ruptura de las expectativas de movilidad ascendente de la clase trabajadora mediante el esfuerzo personal y familiar: ese “sueño de la clase media”; expectativas en las que el “sacrificio” de generaciones anteriores permitía conseguir beneficios en las siguientes generaciones, en una temporalidad de mejora social que a menudo estaba dilatada entre generaciones al ser imaginada como positiva. El presente ataque a la dignidad se entiende:

Primero, como una pérdida de dignidad personal (un vaciamiento del valor de la identidad en términos del contexto social), como crisis de identidad.

Segundo, como desamparo: el abandono por parte del estado de la responsabilidad de proteger y preocuparse por sus ciudadanos (un abandono expresado en su total colusión con el capital), como una crisis del “pacto social”, de obligaciones y derechos inherentes a la democracia.

Tercero, como parte de una reconfiguración de las relaciones entre trabajo y capital a nivel regional de Europa: reconvertir el sur de Europa en una periferia de mano de obra barata (devaluación interna), es decir, como una crisis del modelo de “economía social de mercado” al que los trabajadores del sur de Europa (provenientes de dictaduras recientes) aspiraban con su entrada en la Comunidad Económica Europea y luego en la Unión Europea, un pacto de convergencia social expresada en términos económicos y políticos (salarios, derechos) que ya no existe.

Aquí la dignidad es un campo de batalla que apunta a los derechos y obligaciones que dan valor a la vida en un contexto social y cultural determinado. Existe una fricción permanente en torno a la definición de la dignidad: ¿Quién la posee?, ¿cómo se expresa?, ¿cómo se reconoce? Es un debate sobre el valor de la persona y sobre cómo este se define en un campo de fuerzas orientado por intereses muy diversos. La lucha en torno a la dignidad es una lucha sobre la diferenciación humana y el valor (positivo o negativo) de las diferencias en términos políticos, económicos y sociales. La dignidad perdida expresa la falta de un reconocimiento que se sustentaba en un entramado de dependencias y obligaciones económicas y políticas que ya no existen, que literalmente ya no se pueden “hacer valer”.

En este contexto, el aspecto moral de lo económico se convierte en un elemento fundamental mediante el cual se intentan redefinir las responsabilidades individuales no solo dentro del núcleo familiar, sino también en el ámbito político. Un ejemplo de ello puede verse en las constantes muestras públicas de indignación que la gente corriente de Grecia, Portugal o España dirige a los agentes políticos y financieros como respuesta al desempleo, a los desahucios inmobiliarios, a las estafas bancarias o a los recortes de servicios públicos (fenómeno de los escraches en España, en donde los afectados corean “vergüenza”). La eficacia de estas críticas reside más en la condena moral de los poderosos (corrupciones, fraudes, abusos, atropellos, abandonos) que en un análisis político económico de las desigualdades estructurales. De igual modo, en el ámbito de las políticas públicas se pone un énfasis creciente a los valores morales asociados a los comportamientos económicos. En los subsidios sociales, por ejemplo, la valoración moral tiende a emplearse para designar categorías de mérito respecto al acceso a los recursos públicos. Estos discursos moralizantes los encontramos tanto en el campo institucional como en el de los ciudadanos que dan pie a argumentos que van del mérito moral a la xenofobia en relación a la categorización de personas dignas de recibir subsidios. Finalmente, en el ámbito de los nuevos partidos “alternativos”, como es el caso de Podemos en España, encontramos un fenómeno parecido cuando Juan Carlos Monedero, uno de sus pensadores, define como “gente decente” a esa mayoría desencantada de los partidos tradicionales que no se deja tentar por los discursos xenofóbicos. Este efecto “populis-



ta”, tanto en su versión de derechas como de izquierdas, se presenta como una política sin política y se expresa fundamentalmente en el deslizamiento desde el argumento político al argumento moral.

Articulaciones y diferenciaciones

Cuando hablamos de “economías ordinarias” queremos subrayar también que estas lógicas y estas prácticas humildes y cotidianas son relevantes con respecto a los movimientos y lógicas político-económicas a gran escala (lo que se llama macroeconomía). Esto se reconoce de forma clara (y los modelos económicos de corte keynesiano lo asumen como fundamental) en la articulación fordista entre consumo y producción. Se aprecia también cómo las dinámicas de los grupos domésticos y de su organización, en términos de responsabilidades de género, se articulan con el mercado de trabajo y la producción en general (decisiones sobre trabajo pagado y no pagado, ritmo e intensidad del trabajo, prioridades del ciclo de vida, inversión en cualificación), pero igualmente, apreciamos el impacto de las economías ordinarias en la macroeconomía de los procesos recientes de financiarización del consumo. Esto se ha visto en el caso del consumo de la vivienda en la trama de las llamadas “hipotecas basura” en España, en las cuales, las redes personales de avales cruzados (entre parientes, amigos, paisanos) son utilizadas para obtener una vivienda cuya hipoteca genera intereses que, una vez titulizados, se convierten en capital “ficticio” pero circulante. La lógica ordinaria que impulsa las prácticas de adquisición de una vivienda hipotecada tiene que ver con el deseo de seguridad personal y estabilidad. En Inglaterra se “compra para alquilar”, para prevenir la falta de ingresos tras la jubilación. En España se compra en un contexto de falta de acceso a un parque de viviendas en alquiler y de una legislación de arrendamiento negativa para el inquilino que genera inseguridad. Comprar una vivienda se relaciona también con la asunción del discurso de que es una buena inversión, ya que los precios “siempre van a subir”, aunque también se relaciona con la idea de la “autonomía” del propietario frente a la “dependencia” del inquilino (sin plantearse que la propiedad no es tal, hasta la finalización del pago de la hipoteca). En la coyuntura de una “burbuja inmobiliaria”, la realidad en el corto plazo parece confirmar que es una buena inversión y empuja a asumir riesgos excesivos. No obstante, para la mayoría de los compradores el objetivo final es la estabilidad y la seguridad en sus vidas, no el riesgo. Por el contrario, para las entidades financieras, estos activos fueron siempre de alto riesgo, pero su titulación permite distribuir el riesgo al tiempo que genera crecientes rendimientos. Sin embargo, estas dos lógicas distintas aunque articuladas, provocan finalmente la crisis financiera del 2008. Para analizar las posibilidades de ganarse la vida y el respeto con que hoy cuentan los habitantes de Europa (tanto ciudadanos como inmigrantes) sugerimos tres abordajes clásicos en la antropología, pero a veces marginados en la actualidad.

El primero de ellos considera las relaciones entre generaciones como exponentes de la reproducción social. Las generaciones están articuladas en dos niveles diferenciables desde el punto de vista analítico: uno es el de las relaciones personales específicas en el ámbito de la familia, el barrio o el trabajo; otro, el de las relaciones generales entre grupos de edad institucionalmente arbitradas (clases activas y pasivas, personas dependientes o independientes). La reproducción social entonces, podría definirse como una forma de continuidad que enlaza las generaciones sucesivas en torno; por un lado, a microproyectos que buscan conservar o mejorar las posibilidades de ganarse la vida y, por otro, a macroproyectos que



diseñan la configuración social del poder y la distribución de los recursos. La crisis actual ha creado nuevas realidades y significados de lo que son las relaciones entre “generaciones” que se extienden más allá de la reproducción individual, de la esfera familiar o de los ámbitos de proximidad. Estas realidades abarcan también la crisis de reproducción de toda la sociedad en su conjunto (tal como pone de manifiesto, la constante referencia en los medios a esa “generación perdida” de jóvenes sin empleo, ni perspectivas en el sur de Europa). En este contexto, observamos a modo de ejemplo, la reconfiguración de dependencias entre hijos-padres-nietos en las redes domésticas y el impacto sobre el binomio autonomía-dependencia entre generaciones, que se extiende más allá de los grupos domésticos a las relaciones de los individuos con el estado (equidad de las pensiones, dependencia o no de subsidios, etcétera).

El segundo abordaje que proponemos para observar los efectos de la crisis desde abajo, corresponde a otro ámbito clásico de la antropología, la observación de los procesos de aprovisionamiento y diferenciación. En cualquier sociedad hay, generalmente, diversos caminos posibles para obtener determinados bienes o servicios, y la oportunidad de acceder, por una u otra vía, expresa y produce diferenciación. Verbigracia: si necesitamos cuidados sanitarios, podemos encontrarlos gracias al sistema público de salud, por una consulta privada, por una aseguradora médica, por un doctor amigo o un centro de salud solidario como los que han surgido en Grecia y España. También podemos acudir a otras formas de cuidado insertadas en entornos de saber diversos. Este escenario puede entenderse como aquel que proporciona un mayor abanico de opciones para el consumidor y, por tanto, una mayor libertad de escoger (el ideal de la economía neoclásica). Sin embargo, esto también puede interpretarse como una muestra de la desigualdad social y de las limitaciones reales que existen para determinadas personas en el acceso a ciertos servicios básicos como la asistencia sanitaria. No todo el mundo tiene las mismas opciones para “escoger”, de hecho, para alguna gente no hay opción; a medida que se ahonda la crisis en Europa, emerge de forma más clara el elemento diferenciador de los procesos de aprovisionamiento. Aprovisionamiento y diferenciación aparecen como dos caras de una misma moneda.

El acceso a los recursos, incluido el trabajo, se asienta en la producción de diferencia entre la gente y entre los espacios que habitan. Por ejemplo: se basa en categorías de género, edad, paisanaje o etnicidad e incrementa el uso de relaciones clientelares y de patronazgo. Los lugares se definen y producen como distintos para competir en la atracción de inversiones. Estos procesos se fundamentan en acepciones de lo «bueno» y del valor culturalmente definidos. La antropología y otras ciencias sociales nos han mostrado que esto tampoco es una novedad: la diferenciación produce valores contrastados y, en el ámbito de mercado, produce valor. Pero hay que prestar atención a cómo esto se expresa y construye como lógica de las prácticas para la gente corriente. Aquí también vemos indicios de un proceso subterráneo de moralización del campo de lo económico.

Uno de estos procesos de diferenciación es el que los gobiernos de ajuste estructural en Europa utilizan para desregular el mercado laboral que enfrenta a los definidos como trabajadores “privilegiados” (estables y protegidos por el estado del bienestar tras la segunda guerra mundial) con los trabajadores “precarios” (que a menudo son sus propios hijos). Otro proceso similar, describe a las generaciones de ancianos con pensiones del estado como “explotadores” de las generaciones jóvenes que “pagan” por esas pensiones, pero que nunca podrán acceder a unas semejantes (aunque hoy vivan de las de sus padres); y de nuevo con un giro moral se define el proceso de re-estructuración del sistema de pensiones como un tema de “equidad intergeneracional”. De hecho se trata de un deslizamiento del argumento político de solidaridad hacia el argumento de gestión empresarial de una compañía de seguros; se pasa de un sistema de solidaridad mediado



por el estado (siguiendo el modelo de pacto social republicano francés) a un sistema actuarial (de seguros), donde la esperanza de vida se convierte en “riesgo de longevidad”.

El tercer campo de indagación corresponde a la producción de significado y a las luchas libradas para definir los contornos del “bien común”. Es decir, definir los valores políticos del cuerpo social que hay que defender para afianzar la continuidad en el tiempo (de una nación, un régimen político, un modelo social o una ideología); esto entraña conflictos y negociaciones en torno al verdadero significado de la responsabilidad social y personal, así como también sobre la función correcta de las instituciones que deberían sustentar políticas económicas legítimas. Generalmente, la legitimidad se sustenta en el argumento de que, determinadas políticas, permiten a las personas vivir mejor; este es el argumento a favor del mercado como sistema óptimo de adjudicación de recursos, argumento que la crisis pone en duda en la experiencia cotidiana de la mayoría.

La cuestión de la dignidad, como hemos visto, es un elemento que emerge como fundamental en los argumentos de legitimidad de la gente corriente, aunque el modelo económico neoliberal utilizado para asentar políticas públicas sigue siendo hegemónico, incluso después de la crisis, ese modelo nunca fue absoluto. Existen otros modelos expertos, críticos o alternativos (neo-keynesiano, neo-marxista, del decrecimiento, del buen vivir), pero sobre todo existen los modelos que guían el día a día y construyen otro tipo de legitimidades alrededor de otras ideas del bien común. La gente corriente debe gestionar en su vida cotidiana distintos modelos que definen lo que son actividades económicas razonables en un entorno determinado, incluso cuando los modelos proponen acciones contradictorias.

Conclusión

La crisis mundial actual ha puesto de relieve un serio defecto en los modelos económicos expertos: la falta de atención a lo que en el día a día, sobre el terreno, la gente comprende, siente y decide con respecto a su capacidad para vivir mejor participando en procesos económicos (que tienen relación con la producción de recursos materiales para sustentar la vida). Y sobre todo, la crisis desvela la complejidad de los valores que son necesarios producir para vivir y cómo se articulan estos. Para la mayoría de la gente, los estímulos reales de su actividad económica son las obligaciones morales, como el bienestar de la familia, la mejora social de sus hijos y nietos, la definición de su identidad de género, el prestigio personal o colectivo y las convicciones religiosas o ideológicas. Aquello que, material y simbólicamente, les permite ser personas. De ahí el grito de “dignidad” como eslogan de lucha que se escucha en las manifestaciones y que denuncia la ruptura de la economía moral del estado capitalista fordista-keynesiano.

El proyecto de “Economías ordinarias” busca entender las prácticas y lógicas que sustentan la cotidianidad de ganarse hoy la vida en el Sur de Europa, entre aquellos grupos sociales defraudados en sus expectativas de movilidad ascendente (es decir, la antigua clase trabajadora redefinida como clase media por el consumo financiarizado). También, busca desestabilizar las “verdades” pseudocientíficas de los modelos económicos hegemónicos que desprecian y marginan las lógicas ordinarias.

Como antropólogos estamos bien situados para emprender esta transformación porque procedemos de una tradición intelectual en la que nada se considera evidente. Al recuperar los orígenes de la aproximación antropológica a los fenómenos económicos, queremos observar y escuchar; observar lo que dice la gente con sus actos y escuchar sus argumentos sobre ellos, y sobre todo, queremos otorgar valor, en términos de conocimiento, a esas prácticas, a esos discursos y a



esas lógicas. Al mismo tiempo queremos articular esas prácticas e ideas con otros planos de acción y significado, con otras lógicas que ocurren a otras escalas, y en las que intervienen otros actores, pero que están conectados. Estaremos entonces en condiciones de entender la realidad económica desde una perspectiva más compleja que tal vez nos proporcione el marco teórico capaz de preparar un futuro mejor para las próximas generaciones.

Contacto de la colaboradora

<narotzky@ub.edu>

